

**Albert, Mechthild (ed.), *Sociabilidad y literatura en el Siglo de Oro*, Madrid/ Frankfurt, Iberoamericana/Vervuert, 2013, 396 pp. [Biblioteca Áurea Hispánica, 84.] ISBN: 978-84-8489-716-3 (Iberoamericana) / 978-3-86527-767-1 (Vervuert)**

**Adrián J. Sáez**

CEA-Université de Neuchâtel  
Institut de langue et littérature hispaniques  
SUIZA  
adrian.saez@unine.ch

[*Hipogrifo*, (issn: 2328-1308), 2.1, 2014, pp. 181-184]

Recibido: 14-05-2013 / Aceptado: 08-08-2013

DOI: <http://dx.doi.org/10.13035/H.2014.02.01.16>

La riqueza del universo cultural del Siglo de Oro abruma: no ya por las innúmeras piezas literarias que se escribieron, que cada vez se leen mejor —gracias a las ediciones críticas— y se conocen más en profundidad, sino porque acercarse a la cultura áurea exige todo un arsenal de los más variados conocimientos y las perspectivas más diversas para poder dar cuenta cabal de las innovaciones creativas y los entrecruzamientos artísticos, que se reflejan en facetas tanto de orden humano como grupal. Diversidad dentro de la unidad que no ha mucho puso de relieve García Santo-Tomás (*Modernidad bajo sospecha*, 2008; *Materia crítica*, 2009) y que ahora vuelven a destacar con fuerzas renovadas una serie de trabajos fraguados en un congreso internacional («Geselligkeit und Literatur im Siglo de Oro») celebrado en la Universidad de Bonn del 15 al 17 de junio de 2011. En sus palabras preliminares, Albert presenta el concepto de «sociabilidad» y su particular historia. Recuerda el origen de esta tendencia (Agulhon), preferentemente aprovechada en los estudios históricos, y repasa las aportaciones desde la ladera literaria, que no se valían de este concepto pese a abordar cuestiones como el ocio o la cultura material. Asimismo, Albert pone los cimientos de un problema que resurge de tanto en tanto a lo largo de las páginas del volumen que coordina: cómo remontarse al siglo XVII de la mano de un término acuñado únicamente a partir del *Diccionario de autoridades* (1739), traba que paradójicamente suscita interesantes respuestas en un momento de gestación de una nueva sensibilidad social.

Las primera de las cinco secciones («Premisas literarias y antropológicas») se centra en presupuestos de corte filosófico, a modo de primera toma de contacto antes de asomarse a la literatura. Un contexto en el que domina Gracián, con las aportaciones —un tanto dialécticas— de Egido y Neumeister. Y es que su caso resulta de interés porque, como estudia Egido, su pertenencia a la *Societas Iesu* situaba al ingenio en una tensión entre la obediencia debida y su alejamiento de la finalidad catequética y religiosa de la compañía. De acuerdo con esto, Gracián representa «un paso adelante respecto al proceso de modernización y superación de las estructuras de la Compañía de Jesús, pero en una dirección laica que, además, puso en evidencia las dificultades inherentes a la vida del individuo en todos los niveles» (p. 27). En este sentido, y en un camino que va de *El Héroe* hasta el *Oráculo* pasando por sus epístolas, Gracián toca diversas teclas genéricas para delinear «un sinfín de prevenciones y avisos para vivir en sociedad, como si se tratase de un arte peligroso de ejecutar» (p. 37), en una evolución progresivamente crítica que niega validez a los tratados de cortesanía nacidos con Castiglione. De esta «sociabilidad crítica» que enseña a convivir con los demás se pasa a la «sociabilidad negativa» que estudia Neumeister. En concreto, atiende al arte del diálogo y la conversación, actividades sociales por excelencia que deben estar regidas, según el jesuita, por la discreción y la disimulación. El peligro, aunque acuciante en la corte, domina en toda la sociedad y, lejos de un propósito reformador, se limita a ofrecer opciones para acomodarse a ella. Un escepticismo que, a decir de Neumeister, tiene que ver con la «decreciente confianza religiosa» (p. 69). Por su parte, Strosetzki recupera a los clásicos para trazar un completo panorama sobre las reglas de la conversación en el Siglo de Oro y su fundamentación filosófica. Explora, en concreto, la evolución de la relación entre teoría de la conversación, ética y política que se produce desde la correspondencia guiada por la amistad y la eutrapelia de Aristóteles y santo Tomás, hasta la ruptura que causa *Il Principe* de Maquiavelo, de quien Gracián retoma la necesidad de la *dissimulatio* y el silencio como máximas para los poderosos y quienes deben tratar con ellos. Algo más cerca del ámbito literario se mueve el trabajo de Tietz: con Zabaleta (*El día de fiesta por la tarde*) y Pedro de Fomperosa (*La eutrapelia. Medio que deben tener los juegos, divertimientos y comedias para que no haya en ellas pecado y puedan ejercitarse lícita y honestamente*) trata de mostrar el surgimiento de un concepto laico de ocio, de ocupación del tiempo libre que lleva a una serie de controversias con la autoridad eclesiástica.

En la segunda etapa se abrazan diversas disciplinas. Primeramente, Pelizaeus reflexiona sobre las demostraciones públicas de sociabilidad durante el reinado de Carlos V. Esta comunicación simbólica constituía un acto de demostración y confirmación de la jerarquía social, que se revestía de especial relevancia en las visitas de los reyes a las ciudades, que en tiempos del emperador eran frecuentes debido a su modelo de corte itinerante. Siguen un par de contribuciones con ribetes artísticos. En unas páginas brillantes, Ponce Cárdenas vuelve otra vez a las relaciones entre «poesía muda» y «pintura viva», esto es, entre arte pictórico y literatura, un interés del que ya se le conocen otros frutos igualmente notables. En esta ocasión, se centra en el ciclo de epigramas dedicados a los retratos de Góngora, conservados o perdidos, que pone en diálogo con la tradición europea (neolatina pero ante todo

italiana) que cultiva el elogio poético dedicado «a exaltar la pericia de los artistas plásticos», entre la admiración frente a la propia imagen y la interrogación «acerca de los límites entre la vida y la exquisita serie de dibujos, grabados o pinturas» (pp. 149-150). Es, pues, un careo con la tradición —más algunos apuntes hacia adelante— que resalta la pervivencia de una serie de *topoi* del género y la vitalidad de la hermandad de *pictura* y *poesis*, «al tiempo que hace posible intuir la importancia que paulatinamente asumen poetas e intelectuales en el aula regia» (p. 158). A su vez, Scholz-Hänsel entra de lleno en el proceso de surgimiento de un nuevo lenguaje de imágenes de «protosociabilidad» o de otra sociabilidad: porque, en vez de continuar con la moda clasicista, se decantaron por los bodegones y los retratos de la vida cotidiana. Un límite que fue cruzado, principalmente, por Ribera y Velázquez. Entre medias de estos dos artísticos trabajos se sitúa Janik, quien analiza una forma humanística de sociabilidad: los discursos jocosos —que no los poemas— de la Academia de los Nocturnos, institución a caballo entre las reuniones filosófico-literarias de raigambre italiana y la instauración de las academias con objetivos claramente definidos, que abre el camino hacia una preilustración y un nuevo paradigma fenomenológico.

A continuación, la mujer sale al centro de la escena en cuatro trabajos que orbitan en torno a las relaciones femeninas y los *gender studies*, un marco común bajo el que se abre paso la variedad. De inicio, Armon intenta reconstruir «una genealogía de la masculinidad señorial» entendida como *performance* en base a los manuales de conducta aparecidos entre 1500 y 1700, concediendo especial relieve a la disimulación —enlace con los anteriores trabajos gracianescos—, y la construcción de la imagen. Asimismo, plantea una evolución en los tratados de sociabilidad, desde la sencillez accesible (*lisibles*) a la dificultad polifónica (*scriptibles*), un proceso en el que no creo que se dejase «un poco a la deriva a los que necesitaran fórmulas fijas de conducta» (p. 213). Muy otra es el pequeño mundo de la mujer que visita Gernert, porque examina las prácticas sociales de las marginadas a partir de obras literarias, ya que la documentación al respecto es muy escasa. Advierte prudentemente, eso sí, que los textos en cuestión son «altamente lúdicos y la representación que hacen de las mujeres responde en gran medida a tópicos literarios carentes de correlato real» (p. 222). Más en detalle, analiza la representación de la mujer y de sus formas de convivencia social en *La Celestina*, *La lozana andaluza* y el *Coloquio de las damas* de Aretino (traducción parcial de sus *Ragionamenti*): la conversación, el juego, el arte culinario, etc., dan fe de una cierta idea de comunidad segregada, con una tabla de normas alejadas de los cauces institucionales. El salto no podía ser más marcado, pues sigue un estudio sobre la producción literaria y las formas de sociabilidad en los conventos. Aunque se trate de un espacio teóricamente cerrado al ocio, Herpoel pone de manifiesto que la escritura (autobiografías, cartas, piezas dramáticas) constituían un remedio para los males de las religiosas, porque les permitía comunicarse tanto entre sí como aspirar a relacionarse con un público externo. Para cerrar este acercamiento a la mujer en el siglo XVII, Romero-Díaz explica cómo Zayas recuerda en sus *Novelas amorosas y ejemplares* que la mujer puede comunicarse socialmente dentro del espacio privado de la casa y, por otro lado, incide en las redes de sociabilidad que mantenían los conventos con el

exterior, para lo que repasa las epístolas más «domésticas» (no destinadas a Felipe IV y otros poderosos) de sor María de Ágreda y otras religiosas, que prueban tanto la «confluencia de asuntos públicos y privados en sus cartas como «los modos de intervención socio-política de las mujeres» (p. 268).

El asedio a la narrativa aurisecular continúa con los escritos de Albert y Bonilla Cerezo, por dos caminos muy dispares. Desde una sugerencia de Lope en sus *novelle* a Marcia Leonarda, Albert concibe la novela corta como un género propicio para la divulgación de saberes humanísticos, a la vez pragmáticos y enciclopédicos. Así, reivindica la necesidad de releer la carga erudita de estos textos, que no debe descalificarse *a priori*. Igualmente, tras repasar algunos ejemplos de Castillo Solórzano, Rojas Villandrando, Suárez de Figueroa y otros, mantiene que se trata progresivamente de un interés secular, cuyo verdadero alcance debe examinarse en perspectiva diacrónica para confirmar si se trata de una evolución hacia la Ilustración o, por el contrario, de los últimos estertores de un humanismo moribundo. Mientras tanto, Bonilla Cerezo centra sus esfuerzos en *El forastero* (1636), compleja y poco conocida novela de Jacinto Arnal de Bolea, cuyo estilo le vale como ventanilla para apreciar los rasgos sociables que presenta. Previamente, reflexiona con sagacidad acerca del potencial de la sociabilidad para la comprensión de la novela corta áurea y da las coordenadas esenciales tanto de este ingenio sardo como de su criatura. Sin embargo, el núcleo lo constituye una minuciosa lectura del relato a la luz de Góngora, y especialmente de sus poemas mayores: en efecto, a lo largo de un trabajo extenso y deliciosamente escrito, Bonilla Cerezo va desgranando los continuos ecos y homenajes al *Polifemo* y las *Soledades*, más algunos pespuntos sonetiles que asoman en cada página de Arnal, como «si hubiera descosido las obras maestras de don Luis para rehilarlas, casi a lo cubista, en una suerte de tapiz narrativo» (p. 336).

Antes de cerrar, Velasco Moreno y Gelz avanzan un paso hacia el siglo XVIII, mostrando los puntos de continuidad y ruptura con el mundo barroco. Velasco Moreno repasa la historia de la voz «sociabilidad» y la relevancia de la conversación en el Siglo de las Luces en diálogo con Ariès y Habermas, antes de centrarse en el ambiente intelectual de los novatores, que se preocuparon por crear unas redes relacionales para influir en la sociedad. Un contexto en el que destaca la creación de las academias reales, originadas las más de las veces de tertulias más privadas. La coda, firmada por Gelz, estudia la transformación del fenómeno de la sociabilidad en el atardecer del Siglo de Oro y los albores del tiempo ilustrado: según muestra apoyado en narrativa, prensa y cartas, acontece un cambio paulatino, «no teleológico, lleno de continuidades y rupturas» en el que se combinan formas de sociabilidad que progresivamente se apartan del amparo institucional absolutista en busca de una informalidad orientada a un público más igualitario y, por ello, moderno (pp. 364-365).

En fin, *Sociabilidad y literatura en el Siglo de Oro* es una valiosa contribución que aúna teoría y *praxis*, sólidos pilares conceptuales y bien trabadas exégesis literarias para hacer posible comprender las muchas caras de este dado del ocio colectivo, que se sale del tapete de los saberes para entrar de lleno en el constante juego entre individuo y sociedad. Otra muestra, pues, de que entre los siglos XVII y XVIII el hombre sigue siendo un *zoon politikon*, que diría el otro.